

LA ESCUELA COSTARRICENSE



EN ESTE NUMERO:

Guía Espiritual del Niño

POR

MOISES VINCENZI

7144 - IMPRENTA NACIONAL - 1934

LA ESCUELA COSTARRICENSE

REVISTA PEDAGOGICA MENSUAL

Organo de la Secretaría de Educación Pública

Director: MOISES VINCENZI

AÑO II

San José, C. R., 15 de agosto de 1934

Nº 21

**Aquí se demuestra que instruirse es cosa buena;
pero educarse, excelente**

Acércate un instante, niño, a mi escritorio; y conversemos de algo que interesa a tu vida, a tu hogar, a tu país y a todos los hombres. Vas a la escuela; pero, ¿qué propósito principal te conduce a las aulas? ¿Acaso el de aprender el modo de escribir una palabra, o el nombre de la capital del Brasil? ¿O te muestras enteramente satisfecho con saber sumar, restar, multiplicar y dividir? Sé que el pulpero de la esquina no podrá engañarte si sabes aritmética; la escuela te la ha enseñado para eso: para que aprendas a manejar las monedas, a contar los objetos que obtienes con ellas. En ese sentido, el servicio que te dan las aulas es bueno; y, si quieres, muy bueno. Pero, ¿es bastante que el hombre sepa defenderse de los vendedores de cebollas y naranjas para alcanzar un conocimiento superior de la vida?

Escucha con atención, niño: hay algo mucho mejor que aprender a dibujar en las aulas; o a confeccionar un vestido; o a conjugar un verbo; o a extraer

la raíz cuadrada de un número. En otras palabras: esa instrucción es útil para manejarse entre los hombres y no ser engañado por ellos. Mas no te da lo más bello que hay en el alma: *La educación de los sentimientos, de la conducta*, que es el móvil de la bondad; el escudo contra las bajas tentaciones; la fuerza que nos aparta de la cárcel, de los vicios, de las malas costumbres; el consejo que nos alienta en el dolor y nos pone freno en la dicha; que nos hace valientes en la derrota e hidalgos y generosos en la victoria. Ya ves, niño, cuánto más importante es educarse que instruirse; saber manejarse bondadosamente entre los hombres, que hacerse un sabio en geografía o en matemáticas. No obstante, mucha gente ignora esa diferencia y por ello el mundo anda mal, de disputa en disputa; de odio en odio; de guerra en guerra.

Los hombres saben hacer muchas cosas: aeroplanos, barcos gigantescos, edificios inmensos, ferrocarriles, puentes . . . No saben, sin embargo, vivir en paz; respetar las ideas y los sentimientos ajenos; proteger a los desvalidos; ayudar á los pobres; abandonar sus vicios; cuidar con esmero sus virtudes. Su instrucción es superior a su bondad. Y no son los trasatlánticos, los automóviles y los zepelines, con sus comodidades innumerables, los motivos verdaderos de la dicha: con frecuencia se transforman

en máquinas de exterminio, en aterradoras fábricas de cadáveres.

La educación de los sentimientos, de la conducta, en cambio, puede hacer felices a los hombres en una isla desierta, al calor de una hoguera distante. Es muy útil distinguir tales diferencias.

El niño que las ignora puede llegar a ser un sabio: un carpintero magnífico; un abogado de renombre; un diestro manejador de objetos; un ingeniero famoso. Y a pesar de tanto buen éxito, ser un mal ciudadano, un ladrón, un envidioso, un calumniador, un hombre cruel con los animales y con el prójimo.

Quien llega a semejante sabiduría, es, en el fondo, un ignorante, porque desconoce el sentido final de la vida: el de ser bueno sobre toda otra preocupación humana, aún con el sacrificio mismo de la comodidad, del placer, del esplendor y de la alegría material de la carne.

Escúchame, buen niño: aprende todas las ciencias, si alcanzas a tanto; pero no cambies, por ninguna ventaja del mundo, la rectitud de tus actos. No olvides, pues, que instruirse es bueno; mas educarse, una cosa excelente que debe preocupar siempre a tus padres, a tus maestros y, sobre todo, a tí mismo.

Donde se ve que el cansancio del pecado es el principio de la virtud

Ya me has escuchado, amigo mío: estoy seguro de que prefieres educarte a instruirte; ser un hombre bueno antes que todo; dedicar tus fuerzas enteras, minuto a minuto, al cultivo de tus buenos sentimientos; al mejoramiento continuo de tu conducta. No querrás ser un ignorante; pero menos aún, un hombre malo.

Ahora veamos algunos caminos que conducen a la virtud. No es fácil, como podría suponerse a simple vista, ir a ella por cualquier sendero. Hay muchos tropiezos y es necesario aguzar la inteligencia para reconocerlos con entera amplitud. No en vano se ha dicho que para ser bueno hay que meditar más que para dejar de serlo. Es que no se alcanza la bondad sin esfuerzo, sin meditación, sin un *poderoso deseo* de adquirirla a fuerza de ejercicios ininterrumpidos de la voluntad. Sin educar a esta última es engañoso el intento de mejorar. Niño, no lo olvides: *No llega a ser bueno quien no se ha esforzado por dominar la bestia que todos llevamos dentro.*

Esa bestia está llena de malos instintos, de apetitos desenfrenados. Muchas veces, cuando alguien cree que la ha dominado, revienta las amarras y apa-

rece más fuerte que nunca: es una bestia que no duerme. Sin embargo, a veces llega a cansarse; y nosotros, que estamos atentos, nos precipitamos entonces sobre ella y aprovechamos su cansancio para sacar de él un principio victorioso de la virtud. Un ejemplo: nuestra bestia goza con el chisme y le hemos dado, durante varios años, el goce malévolamente de hacerlo. Pero como los cuentos traen dificultades innumerables que nos llenan de justa congoja, llegamos un día a cansarnos de ser chismosos; a comprender que el silencio mataría tanta dificultad. Ese cansancio es, por sí mismo, el principio de la virtud, porque hace nacer en nosotros el deseo generoso de ser discretos. La comprensión de la desgracia que supone hablar demasiado, es flor que nace del limo; y que debemos alimentarla precisamente de ese limo; de la amarga experiencia que nos ha hecho comprender, aunque sea tan sólo por un instante, el miserable papel que hace en sociedad la lengua irreflexiva del chismoso. Es indudable que el cansancio de las cosas malas trae el nacimiento inmediato de las buenas. Es magnífico saberlo con el fin de aprovechar un cambio tan importante en nuestra conducta interior. También es posible que se produzca el fenómeno contrario; cuando esto ocurre nuestra alma se convierte en un campo de desolación y de muerte: el cansancio de la virtud es el principio del pecado.

¿No habéis visto a un hombre bueno cansado de serlo? Eres muy niño todavía. Por desgracia es un suceso que ocurre todos los días.

Un empleado de banco dura veinte años siendo honrado; al cabo de tal lapso, se llega a saber que hizo un robo. La honradez de ese hombre llegó al cansancio. ¿Qué nació de tantos años de virtud? La deshonra: la cárcel o el suicidio. ¡Pobre virtud cansada, amigo mío! No tuvo fuerzas para llegar al fin; las tentaciones del mundo le tendieron, veinte años después, la red. ¡Y él cayó en ella!

Por eso, niño, debes comprender que las virtudes no se sostienen sin alimento diario de meditación; sin la voluntad de levantarlas día a día sobre las tentaciones, sobre las necesidades materiales, sobre la tristeza y el dolor del mundo.

No olvides, por tanto, aquel noble precepto que esculpiera una tarde en tu alma, entre la indiferencia de los que leen y no estudian, este amigo tuyo que te habla en la sombra:

Cuida tus virtudes como a un rebaño que acechan millares de lobos con hambre.

Y no llegues nunca a cansarte de ser bueno, por más que las tentaciones del lujo, de la molicie, de los placeres ordinarios, cerquen tu alma. Amurállala con grandes piedras para que tu conciencia viva en paz. Y no dejes de meditar nunca, con espanto, en la tristeza de ser malo.

Cómo algunos hombres aman sus defectos y sus vicios, del modo que otros amarían sus virtudes

Llegar a ser bueno es un arte difícil. Antes de conseguirlo debemos conocernos, en lo posible, a nosotros mismos; debemos vigilar, no sólo nuestros actos externos: también los pensamientos íntimos, las pasiones y los actos de voluntad íntimos. En tal estudio, amigo mío, el hombre llega a sorprenderse frente a multitud de malas tendencias que trabajan por perdernos. Un fenómeno interior muy corriente basta para ilustrar este raro caso de alta traición que en muchas oportunidades nos hace nuestra propia alma. Véamoslo.

Adquirimos un vicio, o una mala costumbre cualquiera, con objeto de halagar bajos apetitos de la carne. Tomamos una copa de licor por gusto carnal, aunque sabemos que el alcohol es un peligro para la salud y la moral del hombre. Con varias copas somos ya unos ebrios. Cuando el amigo sensato nos advierte que vamos cayendo en el peligro, empezamos a sentir repulsión por ese amigo; y, que nuestro espíritu sabe encontrar excusas muy sutiles en su deseo ciego de defender el vicio adquirido.

Es bueno tomar licor, nos dice el demonio interior, porque el hombre tiene derecho a alegrarse; porque nos hace olvidar las penas cotidianas; porque, en fin, no somos santos.

Esos argumentos, por débiles que sean, toman una fuerza enorme en quien empieza a halagar sus sentidos con las copas. Las razones más grandes no son capaces de vencerlos. Y cuando el vicio tiene profundas raíces, el ebrio sería capaz de defenderlo contra las más poderosas consecuencias malsanas de la ebriedad.

Así viven los vicios más horribles en el corazón de los hombres: defendiéndose con extraños razonamientos, con profundas mentiras, con las más torcidas ideas. Niño, ponte en guardia contra tí mismo: la mentira de afuera, el engaño de la otra gente, no son más peligrosos que esa traición de nuestro propio yo. Por ello, obsérvate cuidadosamente; vigílate. Y, sobre todo, avergüénzate cuando te sorprendas defendiendo tus malas acciones o excusándolas con torcidas razones. Ya ves, amigo, cómo alcanzar la rectitud es cosa difícil; y, precisamente por eso, hasta qué punto es honroso alcanzarla.

**Página en donde se estudia
en qué momento una virtud pasa a ser un vicio**

Ya hemos visto, amiguito, en un solo ejemplo, las sutilezas que emplea nuestro demonio interior para defender los propios vicios. De esa suerte, la viga en el ojo personal es un cabello, por más que el hilo de seda en las pestañas ajenas se nos antoja un tronco de árbol. Así somos de injustos, cuando carecemos de la verdadera cultura, con el prójimo y con nosotros mismos, según lo expresan los Evangelios. Ahora estudiemos otro extraño fenómeno: el hombre que ha llegado, después de muchas meditaciones, a la rectitud de carácter, no sabe, en todas las oportunidades, sus peligros. Conocí a una de estas personas rectas. No soportaba nunca un retraso en nada; una mentira; una equivocación de sus subalternos. Y a tal extremo, que odió todo cuanto tenía la simple apariencia de injusto. Un día llegó tarde a su puesto una empleada: el hombre recto la reprendió severamente. Ella, que le tenía pánico a su jefe, se echó a llorar. Poco después se supo que la pobre joven faltó a su deber por cinco minutos, porque había tenido un duelo en su casa. El hombre recto presentó sus excusas a la ofendida, pero no pudo recoger las lágrimas vertidas a causa de su violencia. Como se ve, es un hecho casi infantil.

Sin embargo, amigo mío, este hombre, a medida que perfeccionaba, a su modo, la rectitud de su carácter, cometía más errores con ella. Poco a poco lo bueno puede irse transformando, sin que lo sintamos, en lo malo; y, es más: en lo pésimo. La rectitud es fuerza interior: no rudeza de palabras y de hechos. Es energía para cumplir y hacer cumplir los sanos preceptos: no la torpe inflexibilidad para comprender las almas ajenas, los temperamentos ajenos, los dolores ajenos. No obstante, con suma frecuencia queremos aprender a ser rectos, severos, por amor a la justicia, y nos transformamos, sin pretenderlo, en personas mal educadas. Niño: ahora comprendes una verdad: la virtud misma tiene sus normas, sus límites, el freno que la detiene en los senderos para que no caiga desengañada y rota en los peñascos de la orilla. Apréndela, niño, y recuérdala cada vez que abras la mano para pulir una virtud con los dedos. Y no olvides que toda virtud es hierro rebelde que no se pule al acaso.

**De cómo existen una bondad y una maldad aparentes;
y del modo de reconocerlas por la falta de resistencia
que las distingue en toda acción sostenida**

El preceptista ha dicho: "No estés satisfecho de virtudes que no hayas probado en la lucha cotidiana". Excelente consejo. Los hombres, amigo mío, podemos tener virtudes teóricas y nada más que teóricas. En este caso son imperfectas, porque sólo la práctica tiene el don de darles plenitud: los impulsos de la voluntad las pone de manifiesto, por entero, en la vida.

Por eso hay multitud de predicadores; y muy pocas personas realmente virtuosas en la práctica; y por ello todos los hombres tenemos la desgracia de imitar—en muchas ocasiones sin sospecharlo siquiera,—al diablo predicador. Es que somos demasiado imperfectos, demasiado débiles, demasiado pequeños. Y la obra moral, demasiado ardua, en cambio; está llena de restricciones, de esfuerzos heroicos y de sacrificios. Se reconoce al punto, por qué el héroe moral es el más grande de todos, el más digno de loa; el que más apasiona y arrebató los ánimos.

La virtud teórica es motivo de exaltación de parte de los mismos bandidos: tan fácil es ser bueno de pensamiento y de palabra. Recordemos al moralista francés que atribuía a los grandes defectos de los

pecadores, la máscara de la bondad. Quiso decir que la picardía misma no lucha sin cubrirse de bellas y buenas apariencias. De esta manera, la sonrisa aparentemente amable de la hipocresía, por ejemplo, es un homenaje a la virtud. El autor de las Máximas lo afirmó en palabras semejantes.

Observa, niño, que, cuanto más ahondamos estos problemas, más se complica el análisis de la virtud. Y uno de los motivos que más lo embrollan es la diferencia que existe entre la teoría de la bondad y la práctica de sus preceptos. Podemos estar convencidos de que somos honrados; de que seríamos incapaces de cometer ciertas faltas. Sin embargo, este deseo bondadoso puede perecer en la realidad y entonces, con el asombro de nosotros mismos, nos sentimos, de la noche a la mañana, los pecadores más grandes. Así se explica el título de esta página: la bondad aparente es la que no ha pasado de los términos teóricos. La acción sostenida la derrumba de un soplo. El precepto, para ser útil, debe estar empapado de calor; de resoluciones definitivas y heroicas; de meditación continua y bien alimentada; de previsiones constantes. De otra suerte, la preceptiva moral no es más que moneda falsa; ridícula ansiedad de mejoramiento; un juego de necias ideas y de ilusos afanes.

Escucha, niño: ¿no recuerdas algunos casos

en que un hombre haya caído ante el desprecio de los demás, a pesar de su buena fama y sus magníficos antecedentes? Sí: recuérdalo; en grande o en pequeña escala, es sencillo encontrar varios ejemplos de esta clase. Tú mismo has caído en el lazo: te has creído hombre valiente cuando tu valor no se ponía a prueba; a la hora del peligro, lejos de la protección del techo hogareño, ese peligro te ha hecho temblar de miedo. ¿No lo has sentido alguna vez? En la paz todos somos héroes; en la guerra, muy pocos dan un paso adelante, como el soldado de Alajuela.

Ahora bien: el hombre virtuoso toma el título de serlo porque ha tenido la fortuna de probar dos o tres virtudes; en otras, su debilidad puede ser tan notoria como su fortaleza en los hechos generosos que le han dado renombre, al menos en el barrio o en la ciudad en que vive. De esta dificultad de ser bueno en todo, nace el sentido de la tolerancia para las faltas ajenas.

No estés satisfecho, pues, de virtudes que no estén probadas; y trata de reconocer el rostro de la bondad aparente, tan maquillado de buenas intenciones y tan pobre de verdadera nobleza moral.

Creo que el análisis anterior te hará más meditativo; te aconsejo que lo seas con orden. Estudia en el Evangelio los pecados y las virtudes; y luego mira hacia adentro, en tu espíritu; y búscalos el

rostro en tu corazón. Allí encontrarás a los primeros, agazapados en la tiniebla interior; a las segundas, tal vez hundidas en la oscuridad, como siete columnas de mármol enterradas en la arena. Excávalas al punto, que los pecados soplan sobre el arenal para hundirlas cada vez más. Y a fe mía que lo conseguirán si te duermes en tí mismo. Levántate, niño; desperézate, que se hace tarde para vivir con nobleza. Pero el comentario está trunco. También se dijo en el título de la página que hay una maldad aparente. En efecto: a veces basta una pequeña circunstancia para revelarnos a un alto espíritu en un simple mendigo: debajo del harapo estaba ardiendo, desde mucho tiempo, la llama, el tesoro oculto de un alma meditativa. En teoría ese hombre no valía nada: la realidad, un instante de realidad, vino a descubrirlo. Los insensatos que ya lo tendrían juzgado por la apariencia, al reconocerlo, han debido morder, con asombro, sus propias palabras.

Además, hay hombres que pasan por malos y que lo son en verdad, en algunos aspectos. Y, no obstante, son excepcionalmente buenos en otros. Conocí a un joven que vivió, por algún tiempo, bajo la protección de un tirano. Muy poca gente lo quiso. A pesar de esto era, para mí, un alma pura. Pasaba sus días meditando el modo de suavizar las crueldades del déspota; era un ángel que salía a la calle

envuelto en un manto negro. Cuando pienso en su bondad, se me llenan los ojos de lágrimas. Y ya lo ves, amigo mío: para algunos falsos apóstoles era nada más que un falsario y un déspota. Habría querido yo que este joven hubiera sido más diestro en el arte de cuidar con esmero las apariencias. Porque, ¿sabes, niño, que es una obligación moral hacer un esfuerzo por parecer a los otros lo que uno es en el fondo? La bondad debe usar sus propios vestidos, sus propias apariencias; éstas le dan más nobleza, más lucidez, más realidad, a las imágenes de adentro; y un paso más ancho, a las de afuera. Vestir la bondad con trajes equívocos es una forma de ser hipócrita; equivale a llenar de barro las ánforas de oro; o a dar una apariencia de madera a las campanas de bronce; o a envolver en pieles de hiena a los tranquilos corderos de Arcadia.

Del alimento diario que se debe a la virtud; y del goce y beneficio que trae su corriente aplicación a la vida

Dice el preceptista: "Mantened a la sinceridad como al cuerpo: dándole alimento sano todos los días". Está bien, y muy bien este noble consejo. Más, ¿por qué sólo se refiere a la sinceridad? ¿No necesitan, lo mismo que ella, todas las virtudes, de alimento cotidiano? Tú estarás de acuerdo, amiguito, en que nuestro escritor de preceptos debe ampliar su regla de modo que el espíritu de caridad, el de la tolerancia, el del honor, el de la caridad, el de todas y cada una de las virtudes cristianas, no se queden fuera de la regla. Si esto no fuera así, ¿te imaginas un sentimiento piadoso olvidado en los rincones espirituales, muerto en ellos de falta de ejercicio, de ausencia de aplicación en la vida diaria del hombre? ¿De qué serviría semejante estorbo, semejante virtud muerta en el alma? No puede haber piedad sin el ejercicio vivo de la piedad. Este ejercicio de las virtudes es su alimento; la sangre que las hace crecer cada día con más fuerza. Practicarlas provoca un movimiento de meditación sobre ellas mismas; y las ideas nuevas de este proceso interior elevan la sensibilidad moral del hombre. El teórico del bien que deja perecer sus virtudes en un simple catálogo de ideas muertas, desconoce la gracia suprema de

este alimento, de esta aplicación de la virtud, a los menores detalles de la vida. Desconoce que en una simple mirada, en un sencillo ademán, en un saludo, en cualquier manifestación íntima de la vida, puede ejercitar, alimentándola ampliamente, una virtud. Niño, ¿crees difícil transmitir una alegría, esto es, una limosna espiritual, en un apretón efusivo de manos, a una persona que sufre? ¿Y no es esto alimentar tu propia virtud con amor?

Cada una de las virtudes se alimenta de un modo diferente. El trabajo está en concretar el medio de alimentarlas todas; en trazarse un camino de actividad capaz de mover tus rodajes íntimos en una ascensión, cada vez más pura, de belleza espiritual o de fuerza; de piedad o de heroísmo; de sacrificio o de simple gracia emotiva. Pero, la quietud del ánimo, muerte es de toda virtud, de toda sencilla o aparatosa teoría del bien. En el precepto escondido, quieto, desalado, muerto, no hay más que vanidad y miseria. Sólo existe la moral que se vive, la regla que se aplica, la ley que se corporiza en la conducta viva del hombre. Las ideas morales, sin la voluntad poderosa que las anime; y el sentimiento caluroso que las arrebate en entusiasmo, en empuje, en actividad creadora, son miserables tentativas de mejoramiento: no motores de la conducta. Y a pesar de todo ello, los hombres, con muy raras excepciones,

no pasamos de este estado larvario de la moral; de la explicación circunstanciada de los principios y las máximas; no pasamos de prometer, de hablar, de defraudarnos a nosotros mismos con el proyecto vacío, con la idea huera de una virtud que no vivimos nunca. Niño, es bien triste confesarlo: parece que el hombre no le da mayor importancia al estudio de la bondad. Le importa más el puente de hierro, la locomotora que se hunde en el espacio, que su belleza interior, que su verdadera felicidad íntima.

Que no te pase lo mismo: alimenta, practicándolas, en grande o en pequeño espacio, tus virtudes. No te faltará, día a día, ocasión de hacerlo. Encontrarás, en el ejercicio de tal menester, una alegría incomparable; una dulzura cada vez más depurada, más segura, más neta. Alimenta, de esta suerte, a tus virtudes, si deseas conocer la única alegría que hay de vivir: la del bien; la de la conducta intachable de los caballeros de la verdad, y de la virtud hecha carne, de la belleza hecha luz y armonioso contorno.

**De cómo la virtud más pobre es la que se vive a la fuerza;
y la más rica, la que se tiene a despecho de todo**

Has visto, niño, cuántas cosas sutiles se pueden meditar acerca de la virtud teórica y la virtud práctica. No obstante, apenas hemos tratado de muy pequeños ejemplos. Queda un mundo entero por examinar. Las diversas edades del hombre exigen nuevos aspectos al análisis de las almas. Con razón ha escrito el preceptista que nos sirve de guía: "Cada hombre es un continente: en sus montañas encontrarás, sobre un nido de animales venenosos, cantando a un ruiseñor". Ha querido decir el escritor que las almas no están hechas de una sola pieza; no son ni buenas ni malas por entero. Son, más bien, un campo de combate en que el pecado lucha a brazo partido contra la virtud. En el hombre bueno los ángeles han triunfado sobre los demonios: pero éstos últimos viven dentro de uno y se multiplican dentro de uno mismo, si la meditación y la voluntad los dejan triunfar. Y como hay diferentísimas clases de virtudes, algunas de ellas perecen en el combate; y sus escombros sirven de alimento a los vicios. Así, por ejemplo, para decirlo con la frase del título de esta página, "la virtud más pobre es la que se vive a la fuerza", bien porque estemos reclusos en un convento; o vigilados de manera que el mal íntimo

no tenga lugar de manifestarse en la conducta. Esa virtud puede conservarnos en estado de pureza aparente. Mas llega el día en que, libre de toda atadura, de toda vigilancia, queda devorada o, al menos maltrecha, por la bestia íntima. ¿Cuáles entre tus virtudes, amigo mío, están en ese caso? Piénsalo cuidadosamente: no sería raro que encontraras más de una, impuesta por la autoridad paterna o por las circunstancias en que te mueves. Si logras localizarlas, estúdialas con esmero; y empieza a vigorizarlas con ayuda de la convicción propia, que es la única fuerza capaz de salvarlas. Son virtudes postizas; palacetes de cristal que se deshacen en pedazos al impulso de una brisa leve; puentes imaginarios levantados sobre los precipicios interiores. Sobre ellos has de querer pasar un día: entonces sabrás qué triste cosa es tener el vacío a los pies. En cambio, hay hombres venturosos que alimentan una o más virtudes, a despecho de todo: de la desgracia que los persigue; de la envidia que los acecha a cada paso; de la calumnia que los busca para asesinarlos; de las tentaciones que los provocan; de la miseria que los llena de harapos; del dolor que los postra en el polvo. ¿No te causa admiración saber que hay hombres capaces de tanta virtud? Pues los hay, amigo mío. Acaso tú mismo, sin saberlo, te has apegado, de este modo, a una virtud. Si has sido capaz de ser sincero,

generoso, leal, a despecho de un medio vulgar e inferior; si no dices malas palabras entre compañeros que te invitan con su ejemplo a la vulgaridad, eres un muchacho fuerte, capaz de dominarte a tí mismo. Podrás estar entre pillos y ser bueno siempre; entre ladrones y ser honrado; entre cobardes y ser valiente.

Esa clase de virtud, que se impone a pesar de todo, es la que levanta al hombre hasta las cumbres más destacadas. Por eso ha dicho, en el título de esta página, nuestro guía: "La virtud más rica es la que se tiene a despecho de todo". No olvides esa línea: es un anillo de hierro en que la voluntad humana ha incrustado un diamante.

**¿Dices frases hirientes para los otros?
El hecho de expresarlas te hace digno de recibirlas**

Te he hablado, amiguito, de cuestiones generales; y, en particular, de aquellas que tienen relación contigo mismo. Rompamos un poco el orden del programa y, en este caso, llevemos el diálogo a asuntos concretos. El de este título señala una regla de conducta que hace mucho bien a la vida del hombre culto. Se trata de impedir que larguemos demasiado la lengua contra el prójimo. Y no sólo por virtud: por negocio, si eres tan pobre de alma que buscas en todo el beneficio personal de tu conducta. Ya sé que protestas de semejante suposición; y tienes perfecto derecho de hacerlo, porque en moral no caben los ojos enfermos del fenicio. Pero, la chanza tiene su razón de ser: si eres comedido de palabra, te evitas innumerables disgustos, porque toda frase hiriente **siembra** una reacción de odios, manifiestos u oscuros, que tarde o temprano rebotan contra su autor. No es mal negocio, por tanto, cuidar la lengua, puesto que guardándola en silencio se compra, a precio muy barato, la seguridad de su dueño. La amenaza del título lo está diciendo con toda claridad: el hombre que hiere a los otros, se hace digno, por ese mismo hecho, de recibir la herida que produce.

En cambio, si eres tolerante con las flaquezas

ajenas, te perdonarán las propias; o adquieres, por derecho absoluto, el derecho de ser perdonado. Eso, hablando de simples conveniencias. Pero como no estamos en un mercado, justo es manifestar que el hombre no debe herir al camarada, o al enemigo, por simple gusto de hacerlo: semejante distracción es propia de gente baja y vulgar.

Si eres ingenioso, diestro en hacer frases hirientes, no sacrifiques al amigo por el gusto torcido de hacerlas. No sabes cuánto amarga al corazón, cuánto empequeñece al ánimo, tu propio veneno. Enferma y mata a los otros: hay frases imperdonables que lo consiguen. Pero, sobre todo, envilecen al mismo que las hace.

Abusar del ingenio, en esa forma, es cosa corriente. De ahí el odio que se tiene al ingenio satírico, al humor del ironista de baja escuela. Satirizar, ironizar, burlar, son cosas que no deben hacerse sino muy raras veces en la vida. Puede haber, y la hay, una ironía provechosa: aquella que no señala personas, ni grupos determinados de personas, para herirlos. Los grandes escritores han ironizado siempre, de este modo. Del otro, no: muy pocas veces. Y la prueba más evidente de que la ironía no inspira completa confianza, es la de que no podríamos imaginarnos a Jesús en ejercicio de ironista; y menos en el trabajo del satírico; y menos aún, mucho menos, burlando a nadie.

Entre esos tres modos de ser, el de la burla es el más triste. Por eso, te ruego no burlarte nunca de nadie. No lo hagas nunca, amigo.

No hieras a nadie con acero, ni con palabras crueles. Hacerlo es matar como lo hace la avispa: dejando la pequeña saeta en la piel ajena, pero con sus mismas vísceras destrozadas. ¿No sabías que estos animalitos mueren después de inyectar su ponzoña? Buena enseñanza para que la recojas, jubiloso, al pie de esta página.

En que se ve cómo y en qué forma castigar es un derecho del hombre ofendido

No debes suponer, niño, que te aconsejo una absoluta quietud en la lucha: quietud de palabra o de hecho. El hombre se ve comprometido, muchas veces, a levantar el látigo. El ignorante lo hace sin motivo justificado. Tú no debes hacerlo nunca, sin ese motivo. Sería una horrible injusticia. Pero, aun cuando exista el motivo, no debes castigar si no eres capaz de dar una enseñanza con el castigo. Y es aquí donde está lo difícil de la tarea. En cuanto hay simple venganza aparece la inmoralidad, la baja de ánimo. Por ello debes hacer un severo examen de conciencia antes de alzar el brazo en la lucha. El hombre que tiene destreza en tal clase de exámenes, recorre su conciencia con facilidad; no así, los espíritus torpes. Imagínate cómo serán injustos estos últimos en la pelea, si no saben siquiera consultarse a sí mismos antes de formular o de consumir el castigo. La ignorancia es eminentemente injusta. Pero el conocimiento es más responsable de sus hechos. Tú, niño, observador de tus propios derechos, debes saberlo: tu responsabilidad es mayor que la del ignorante; tu táctica en los campos de lucha ha de ser más cauta, más científica, más humana; más despaciosa, pero más segura. Tengo un amigo pér-

fido que me recibe siempre con alguna mala noticia; cuando no la encuentra, la inventa. Es musical como un silbido de serpiente; se arrastra a mis pies con suavidad diabólica. Hace muchos años que lo observo y le conozco sus odios, sus métodos para manifestarlos, su insignificancia moral. A pesar de las ofensas que me hace, no he encontrado para él más castigo que el del silencio. Su misma miseria me ha detenido el puño muchas veces. No se puede decir que lo he tratado con desprecio: sería demasiado cruel y orgullosa esta fórmula. Mas, en verdad, he preferido callar a maltratarlo con exceso. Es que no he podido inventar el modo de darle un castigo que le enseñe el camino de la dignidad interior. Parece, como lo dirían los pensadores que saben de estas cosas, un "perverso constitucional". Mejor dejarlo en brazos de su propio destino.

Ya ves, amigo: quiero decirte que en presencia de los enemigos debemos operar con entera conciencia de lo que se hace. Si recibes la herida de una calumnia, por grave que ésta sea, no contestarás con otra calumnia. Equivaldría a empequeñecerte frente a las exigencias de la pequeñez ajena. Con los pequeños y los grandes lucharás esgrimiendo tus propias armas. De esta suerte tendrás perfecto dominio de tí mismo para calcular tus actos; para enseñar siempre con ellos al enemigo que te odia, que te ca-

lumnia, que te llena de insultos. Jesús no esgrimió el látigo, en el templo, para vengarse: lo esgrimió para dar una enseñanza de energía a los celadores del orden espiritual.

Niño: cuando levantes la mano, piensa: del surco de carne que haré con la espada, ¿nacerá alguna vez la espiga? Si el terreno es estéril, recoge el acero y vete a meditar un año más a la sombra del árbol cercano. El retiro te enseñará una vez más la sabiduría del silencio, en que se guardan los secretos de la prudencia.

Del modo como debe defenderse la virtud con la voluntad de dominio

Estás profundamente equivocado, amigo mío, si piensas que la virtud se defiende con la simple suavidad del ánimo. Para ser bueno hay que ser fuerte; para ser fuerte es preciso tener un carácter dominante. No pretendo decirte que el dominio consiste en la crueldad, ni mucho menos; o en el gesto duro y feroz; o en la mirada insolente; o en la terquedad; o en la grosería de la palabra o del gesto. Nada más lejos de la verdadera fuerza del carácter, que estos signos de ferocidad, de inmodestia y de orgullo. La voluntad de dominio rehuye semejantes apariencias. El hombre puro manifiesta su fuerza haciendo lo que le conviene a sus intereses morales; y, por nada del mundo, lo contrario a ellos. Con una gran dulzura puede negarse a jugar sus dineros; a tomar licor; a hacer una injusticia con el amigo o con el enemigo; a burlarse de los otros; a robar y a matar. Cuando lo invitan a realizar estos actos vergonzosos, lo hace a veces en completo silencio, abandonando, para siempre, las malas compañías que de esta suerte pretenden rebajar su dignidad moral. Como es fuerte, no ha vacilado un momento en protestar, de un modo o de otro, contra ese atentado. Algunas veces debe acogerse a la violencia de hecho, en su afán infle-

xible de conservarse noble y generoso; mas no siempre, porque la fuerza no es escándalo en todas las ocasiones; ni mirada fiera e irascible; ni gesto altanero. La mansedumbre de Jesús fué más resistente que el más airado de los gestos de Napoleón en la guerra. Bonaparte era soberbio; Jesús se conformaba con ser puro. No ha existido en la historia de las ideas humanas y divinas un caso de mayor fortaleza de ánimo que el del Señor de los Evangelios. No confundas, pues, a los actores de teatro, con las figuras inmortales de la santidad.

Para alcanzar la voluntad de dominio hay que ser puro, sincero, imperturbable en la ansiedad de superación interior. El espíritu dominador gobierna a los hombres con una mirada, con un ruego, con un beso, con una lágrima.

Dominar es no dejarse corromper por los otros. Pero no sólo esto: es, también, persuadirlos a que actúen con bondad; es hacer prosélitos para la batalla de la rectitud, de la honradez, de la justicia, de la tolerancia. El verdadero espíritu de dominio es lanza y es escudo: escudo para contener las malas intenciones del medio; lanza, para hundirla en la podredumbre ajena. Es, por tanto, una fuerza activa, inquieta, irresistible. Cerca del hombre dominante nos sentimos arrastrados. Si es una fuerza oscura la suya, opongámosle a su influjo toda nuestra

pasión moral: hay que resistir; es preciso no perecer bajo su tenebrosa atracción. Pero debes estar seguro, que el verdadero espíritu de dominio en el bien, sale siempre victorioso en la lucha. El bien es la mayor fuerza del mundo: el mal, su contraste.

Sólo que, niño amigo, el triunfo de la bondad no siempre es el poder, la posición deslumbradora, la comodidad burguesa, la fama sin límite. En oportunidades es todo lo contrario: el olvido y el desdén de los hombres soberbios; la posición mezquina y azarosa; el hambre, la oscuridad . . . ; cuando no la cárcel, el látigo y la cruz del Calvario. Sin embargo, un hombre sensato no cambia el brillo mundano por la infinita dulzura de sentirse puro. ¿Ves la diferencia, amigo mío? ¡Qué diferencia!

El bueno se conforma con poco; el malo no llega a satisfacer nunca sus deseos mundanos. El bueno se siente seguro en su miseria material; el malo, acechado y perseguido por su mismo esplendor. El bueno carece de necesidades aplastantes; el malo está necesitado de todo lo bueno y de todo lo malo. El uno se consume bajo el peso de sus mismos deleites; el otro saca luz de tiniebla y fuerza de flaqueza. El primero es la imagen de la debilidad, a pesar de sus caballos, de sus palacios, de sus banquetes; el segundo, el símbolo de la fuerza, a despecho de su casa mezquina, de su vestido sencillo, de su posi-

ción invisible. El malo es un ser débil que juega a la fuerza; el bueno, un dominador de ideas que da, al final de la vida, el golpe que lo eleva, definitivamente, sobre las miserias del mundo.

Del medio; y del buen suceso que trae al hombre la observación constante del mundo

Conocerse a sí mismo, niño, en cuanto sea posible, es el paso más fecundo de la sabiduría. Sin este conocimiento es imposible combatir nuestras flaquezas; examinar nuestras bajas tendencias; dirigir las buenas para sostener y acrecentar su vigor; poner en juego, en suma, nuestra compleja maquinaria íntima. Dentro de nosotros encontramos todos los vicios en germen; todas las virtudes en estado larvario. Somos un resumen del complejo humano.

Recuerda cómo el vicio, asentado mañosamente en el corazón del hombre, se defiende, a capa y espada, del consejo ajeno y del propio consejo. El hombre vicioso tiene un razonamiento especial para justificar sus actos, por crueles que sean. No hay pecado sin excusa, hipocresía sin máscara, doblez sin idea que lo justifique. A este poderoso engaño se debe la fuerza del mal. Conocerse a sí mismo es adquirir fuerza para matar esa excusa, romper esa máscara o abandonar esa idea. Pero, al principio, no encontramos modo de hacerlo. Se impone el acto heroico a fin de juzgarnos sin misericordia. No es tarea fácil realizarlo. Sin una meditación profunda, todo nos parecerá defendible en nosotros. La mayoría de los hombres desconoce el método; por ello

tiene, esta mayoría, la irresponsabilidad del sonámbulo, del simple autómatas, de la máquina sin vida y sin alma.

Conocerse a sí mismo es despertar; equivale a salir del sueño a la vigilia. Al principio el deslumbramiento nos ciega; después, los sentimientos empiezan a adquirir sus contornos propios; las ideas, sus propias figuras; los actos de voluntad, la visión de sus mismos resortes. Es entonces el instante en que la pasión toma un rumbo que podemos, o enderezar cada vez más, o torcer cada vez menos. Están las riendas en las manos. El instante en que observamos el vuelo de las ideas o su descenso hacia el polvo; los arranques voluntarios hacia arriba o su encorvamiento hacia abajo. Ha aparecido en nuestras manos, la brújula; en nuestros pies, el camino; en nuestra alma, la inquietud definitiva por el ascenso hacia el bien. Sabemos en qué consiste y cómo trabaja, la bestia interior; en qué sitio se encuentra y cómo abre las alas, nuestra ansiedad de superación. Nos hemos comprendido lo necesario para empezar a ser cultos de verdad; y desdeñar la soberbia de los hombres vulgares; sus burlas; sus calumnias; la ligereza de sus lenguas y de sus manos; sus envidias; sus traiciones; sus insultos; sus sátiras envenenadas; sus ironías impiadosas; sus crímenes. Hemos visto y comprendido en el mundo

interior, el mal propio, pero también el ajeno; la flaqueza de los demás en nosotros mismos, porque somos un espejo en que se asoman las almas de afuera y se reconocen en su propia casa.

No en vano ha dicho el preceptista: "Entre tú y yo hay un puente que es de los dos". Es decir que el alma que se conoce a sí misma puede, a fin de conocer a las otras, recorrer el puente que la conduce a la morada ajena, al alma distante o cercana; al bosque que la circunda; o al monte que apenas se vislumbra en el horizonte. En cambio, sin conocernos, estamos ciegos para el paisaje, para la luz; muertos para la sensación. Nuestra misma conciencia es un abismo lleno de penumbras, de gritos subterráneos, de sobresaltos. El hombre que se desconoce es una sombra que se proyecta sobre otra sombra más densa: es el miedo que vive en la tragedia, en la irresolución, en el fracaso; no es más que un instinto que se agita en la oscuridad.

Ese hombre no ha podido observarse a sí mismo; menos podrá observar las cosas de afuera. Pero, el iniciado en el conocimiento de su propia persona, tiene el secreto que lo llevará al conocimiento de los otros. Ya puede aprovechar la enseñanza del medio, con toda firmeza. No se le escaparán las pasiones de los hombres que trata; sus odios; sus habilidades más secretas; su egoísmo. Aprenderá

cómo luchan por vivir los malos y los buenos. Y el contraste le servirá de motivo analítico, de término de comparación consigo mismo.

El estudio del medio es una necesidad del hombre culto; conocer hombres es una tarea que no desdennan los malos; menos los espíritus levantados que desean proyectar su vida interior, fuera de sí mismos, con intención de ayudar al desvalido, de hacer obra de amor: no edifica en el aire el espíritu generoso: busca el suelo; mide sus dimensiones; traza sus planos; y luego siembra, de un modo o de otro, las primeras piedras. La columna se alza después, en firme. Las arenas la cubrirán más tarde; no faltará, sin embargo, quien la excave; quien se aproveche de su belleza y de su fuerza.

No pretendas, amigo mío, mandar a los otros, si te desconoces a tí mismo: en ese caso nada será más deleznable que tu obra. Edifica en ti mismo, para los demás; en los demás, para ti mismo. La observación del medio es tan necesaria como la del propio problema. ¿No ves que todos somos, en el fondo, una misma cosa?

¡Almas perdidas en busca de una luz lejana!

Del por qué de estas razones morales; y de cómo la crisis de la época las ha producido

Los escritos de divulgación deben ajustarse a las mayores necesidades del momento. De otra suerte, nulo sería su propósito; nula su realidad práctica. Por ello me he puesto a escribir la *Guía espiritual del Niño*: porque la crisis de la época, sobre ser económica, es eminentemente espiritual. Es más: lo económico está en crisis porque la fe en el bien ha decaído en una concepción egoísta de la vida. Las guerras son el testimonio de esta barbarie: la civilización, que las produce, ha triunfado sobre la cultura. El odio maneja los intereses humanos.

¿No hay, pues, urgencia de que los pensadores luchen por la paz, por el amor, por la concordia del mundo? No debemos dejar a los niños abandonados a las grandes incertidumbres de la hora: sería comprometer el porvenir del mundo. Confesemos frente a ellos nuestras faltas; nuestra culpabilidad. No los dejemos resolver solos sus problemas morales, que son los que enderezan los pasos del hombre por senderos desinteresados, altruistas, prometedores de paz íntima.

No basta instruirlos. ¡No! Insinuemos en sus almas, antes que toda otra inquietud, la del bien. Hagámosles saber que sus espíritus son complicados

para que teman abandonarlos a sus propios impulsos; demostrémosles, siquiera, que la psicología es una ciencia que nos enseña a vivir; que la reflexión de los asuntos morales debe ocupar la mayor y la mejor parte de la vida; que las grandes figuras humanas lo han sido por esfuerzo voluntario; por la preocupación moral; por la elevación de las ideas. Y no por el amor a la riqueza, a los placeres materiales; no por la ambición del poder terreno.

No se trata de empujarlos al misticismo; sólo se desea llevarlos a la decencia en el pensar, en el hablar, en el actuar. No se les invita a ser santos: se quiere que sean hombres.

Constantemente oigo quejas sobre la mala educación de los niños; acerca del vocabulario rudo con que se expresan; y la conducta, en general, que observan en la calle, en los parques, en los teatros. Pero, ¿sólo la escuela es responsable de esto? O en otros términos: ¿sólo maestros y profesores dan ejemplo de sus actos a la niñez?

No, señores: el país todo, el mundo todo es una escuela; y el niño aprende las lecciones del cinematógrafo tanto o más que las del aula; las del circo, las del mercado, las del periódico, las de la calle, tanto o más que las del colegio; las de la casa, tanto o más que las especiales de la cátedra. ¿A quién se debe atribuir la vulgaridad, la sensualidad, la trivia-

lidad de los niños? Al estado moral del mundo entero. Todos somos maestros: debemos cuidar nuestros actos, porque ellos son una lección viva y constante en el medio en que los realizamos.

Si el niño oye palabras burdas de los mayores, las repite; si ve robar, roba; si ve tomar licor, pide una copa en la cantina; si oye chismes, aprende a murmurar. Así en todo. Como en el mundo sólo se escuchan planes guerreros, los véis listos a la pelea. Todo conspira, en la actualidad, a trasmitirle al niño una concepción grosera de las cosas, batalladora en el sentido inicuo de la palabra.

Tales consideraciones me han impelido a escribir algunas páginas de moral. No me he preocupado, al redactarlas, en exponer con orden los asuntos: mi propósito es otro. El de presentar con cierta novedad, verdades viejas, pero juzgándolas dentro de algunos aspectos sutiles, aunque a veces difíciles. Lo difícil va destinado a los maestros, o a los niños más avanzados. Lo fácil, sólo a los niños, en términos generales.

No se le da hecho todo al maestro. Puede leer la página y extraer la lección moral en la medida que lo crea conveniente. Si encuentra sencillos algunos capítulos, sería bueno que los leyera a los niños y los comentara con ellos.

En suma: los maestros debemos insistir muchí-

lidad de los niños? Al estado moral del mundo entero. Todos somos maestros: debemos cuidar nuestros actos, porque ellos son una lección viva y constante en el medio en que los realizamos.

Si el niño oye palabras burdas de los mayores, las repite; si ve robar, roba; si ve tomar licor, pide una copa en la cantina; si oye chismes, aprende a murmurar. Así en todo. Como en el mundo sólo se escuchan planes guerreros, los véis listos a la pelea. Todo conspira, en la actualidad, a transmitirle al niño una concepción grosera de las cosas, batalladora en el sentido inicuo de la palabra.

Tales consideraciones me han impelido a escribir algunas páginas de moral. No me he preocupado, al redactarlas, en exponer con orden los asuntos: mi propósito es otro. El de presentar con cierta novedad, verdades viejas, pero juzgándolas dentro de algunos aspectos sutiles, aunque a veces difíciles. Lo difícil va destinado a los maestros, o a los niños más avanzados. Lo fácil, sólo a los niños, en términos generales.

No se le da hecho todo al maestro. Puede leer la página y extraer la lección moral en la medida que lo crea conveniente. Si encuentra sencillos algunos capítulos, sería bueno que los leyera a los niños y los comentara con ellos.

En suma: los maestros debemos insistir muchí-

simo en la enseñanza moral; mucho más que en la instructiva. Hay que inventar los medios de hacerlo. Contribuyo, a mi modo, a dar materia de razonamiento en este aspecto. Espiritualicemos la escuela un poco más, ya que el medio social es más denso y materialista que nunca. Hagamos contraste con la barbarie organizada de ese medio. No queda otro sistema de lucha: coger el camino más corto y más útil; llegar al alma del niño y estremecerla de amor, de delicadeza, de ternura, de fuerza a la vez; tranquilizar un poco su memoria, llena de nombres inútiles; y alumbrar su conciencia, plena, ahora, de impulsos sin rumbo.